

La tragedia de Willy Loman

■ Para los griegos, el destino era algo cierto. El hombre estaba sujeto a él aun cuando dispusiese de su libre albedrío. No obstante, si en uso de su libertad contrariaba su destino, ello implicaba su inexorable destrucción.

Esta es la materia sobre la que está construida la tragedia griega. En la más famosa de ellas, "Edipo Rey", el poderoso Layo trata de desafiar el Oráculo de Apolo que le ha dicho cuando le pide la gracia de tener hijos: "Un hijo te dará, pero está decretado que has de perder la vida en manos de él". Layo pretende eludir su destino al ordenar a un sirviente matar al hijo recién nacido y, así, evitar que se cumpla el oráculo. Pero indefectiblemente el hijo, que se llamará Edipo, se salvará primero y, sin saber la identidad de su padre, lo matará. Otro tanto sucede con el propio Edipo quien, al consultar el oráculo, éste le dice que contaminará el lecho que lo vio nacer casándose con su madre. Para eludir su destino, Edipo se aleja de quien cree su verdadera madre y termina, efectivamente, casándose con quien es su progenitora.

Este modelo de tragedia siguió perpetuándose en el arte teatral occidental. Dejaron de existir los oráculos, pero el destino siguió siendo caracterizado por otros elementos como la tradición, los lazos familiares, la vocación que el protagonista de la tragedia pretendía eludir, para terminar destruyéndose en su empresa.

Hace ya treinta años, Arthur Miller estrenó "La Muerte de un Vendedor", la que ha sido considerada como una tragedia que rompe con el modelo griego. Willy Loman, el protagonista de "La Muerte de un Vendedor", no desafía su destino, sino por el contrario, quiere cumplirlo. Lo que le sucede, y ésta es la nueva tragedia de nuestros tiempos, es que abruptamente el mundo se le ha cambiado, ha sido sobrepasado por el cambio y sus valores han dejado de tener vigencia. Willy Loman fue educado en el espíritu individualista que presidió a los pioneros norteamericanos, él sabe que un hombre con su sonrisa y su palabra fácil puede vencer todos los obstáculos, que cualquier ciudadano puede llegar a ser un multimillonario sólo con proponérselo. El vive lo que se llamó "el sueño norteamericano". Pero viene la guerra y, después del triunfo, aparece

otro Estados Unidos: el de las grandes corporaciones, el de las empresas transnacionales, el del capital que mueve industrias y maneja la tecnología. El individuo pasa a ser un engranaje dentro de la gran organización. Es la muerte de El Llanero Solitario, del vendedor viajero, de Willy Loman.

No es un azar que "La muerte de un vendedor" sea la obra teatral contemporánea que más se represente en el mundo occidental sin que el tiempo haga mella en su eficacia dramática. Y es que la nueva forma de tragedia creada por Arthur Miller corresponde al más grande drama de nuestro tiempo, que se repite con persistente asiduidad.

En los últimos cincuenta años, los cambios que han experimentado algunas sociedades son tan drásticos, que ya no se puede hablar de evolución sino de mutación. Y el hombre que le corresponde vivir ese cambio, que lo sorprende en la mitad de su vida, queda igual que el actor que está representando una obra y, de pronto, le cambian el decorado. No hay correspondencia entre lo que ese hombre piensa, siente y ambiciona y el medio en que vive.

A diferencia de los griegos en que el hombre se ponía en conflicto con su destino caracterizado siempre por circunstancias externas, la tragedia de nuestro tiempo consiste en que esas circunstancias externas se ponen en conflicto con el hombre que no puede absorberlas.

Es interesante comprobar cómo este nuevo esquema de tragedia se da dentro del teatro contemporáneo en todas las latitudes, acusando la universalidad del fenómeno. Entre nosotros, se está representando una obra, "El Último Tren", que obedece, en las líneas generales, al mismo enfoque. Su protagonista es un jefe de estación de un pequeño pueblo del sur que de pronto advierte cómo hacen crisis sus conceptos éticos, su relación con su empleo, sus lazos familiares al enfrentarse con una nueva generación que, en distintos planos, ya no piensa y actúa como él al adaptarse a nuevos imperativos. El personaje es, ciertamente, un primo chileno de Willy Loman que, al igual que él, refleja una de las caras más impactantes de la tragedia moderna: el hombre sobrepasado por el cambio.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA